



Capítulo 602: El Dios de la Destrucción y el Dios Mensajero

Susanoo inclinó la cabeza y su sonrisa se ensanchó.

"He sentido curiosidad por ti; parece que tienes una espada interesante ahí," dijo Vergil sonriendo.

Pero antes de que pudiera responder, un sonido diferente se superpuso al rugido apagado de Cerbero —un ritmo pesado y rítmico, casi como un tambor tribal que resonaba a través de las paredes de Erebo.

Las puertas, todavía abiertas desde el pasaje de Hércules', comenzaron a vibrar nuevamente y un viento caliente y seco sopló a través del pasillo. Las antorchas bailaban violentamente, las llamas parpadeaban entre el oro y el azul.



Wukong cerró lentamente su ventilador y su mirada se estrechó. "Oh, no..."

Virgilio notó el tono en su voz. "¿Debería preocuparme?"

"Depende." Wukong suspiró y cruzó los brazos. "Si está de buen humor, es posible que todavía quede un techo cuando se vaya."

Ada miró entre ellos, confundida. "¿Quién es 'él'?"

Antes de que alguien pudiera responder, el suelo empezó a temblar. Una sombra colosal atravesó la puerta. No había trompetas ni estatuas que lo



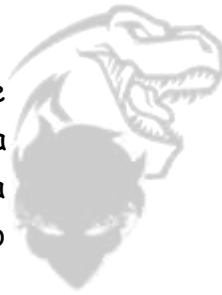
anunciaran— el sonido mismo del mundo parecía inclinarse ante la presencia que se acercaba.

Del fuego y del polvo emergió Shiva.

El Dios de la Destrucción caminaba descalzo sobre las piedras negras y, con cada paso, marcas de llamas azules y moradas se encendían bajo sus pies. Su piel, de un tono gris azulado intenso, parecía reflejar la energía cósmica misma. Llevaba un dhoti negro adornado con cadenas doradas y un chal morado que se movía como humo vivo.

Sus ojos —un oro vibrante en contraste con su rostro sereno— recorrieron el pasillo con una calma que era más peligrosa que la ira.

Detrás de él lo acompañaban dos jóvenes, ambos con el mismo aire divino e indómito: Shira y Shura. Shira —el mayor— vestía una túnica abierta, dorada y blanca, con el pelo largo atado hacia atrás con cintas rojas. Su sonrisa perezosa y su mirada aguda se parecían a las de su padre, pero había algo más... insolente en él, casi teatral.



Shura, el más joven, caminaba descalzo y con el torso desnudo, con tatuajes que brillaban como runas vivas en su piel oscura. Llevaba dos tridentes cruzados en la espalda y parecía inquieto, sus ojos brillaban con un entusiasmo infantil y peligroso.

"Padre, te dije que sería divertido", dijo Shira con una amplia sonrisa, mirando el salón lleno de figuras legendarias. "Hasta el mono alborotador está aquí."

Wukong levantó su abanico, suspirando. "Mira quién habla... el hijo del destructor, el mismísimo mini-desastre."



Shura dio un paso adelante, riendo. "¿Quieres saber lo mini que soy, mono?"

Shiva simplemente levantó una mano y el aire inmediatamente quedó en silencio. El simple gesto fue suficiente para silenciar a su hijo e incluso hacer que Wukong mirara hacia otro lado, murmurando.

Ada miró fijamente, sin palabras. La energía que emanaba de él no era sólo divina—era primordial. Era la calma antes de la aniquilación, el sentimiento de estar ante algo que existía antes de la creación.

Virgilio lo observó en silencio, estudiándolo con la frialdad analítica de alguien que reconoce a un igual—o a un posible enemigo.

"Pareces completamente harto de esto", finalmente dijo. "¿No sería mejor enviar un mayordomo o algo así?" Interrogó directamente a Shiva.

Shiva se detuvo en el centro del pasillo y cruzó lentamente los brazos. Su mirada cayó sobre Virgilio— y por un momento, sólo el sonido distante de las cadenas de Cerbero llenó el silencio.

"Tsk. Los mensajeros no saben cómo silenciar el caos", respondió, con su voz profunda reverberando como un trueno apagado. "Y este lugar ya huele a tormenta." Susanoó levantó una ceja, un poco ofendida. "Si te refieres a mí, no fui yo quien trajo al perro espumoso. Hades debería haber dejado esa cosa en paz."

"Tantos lugares para esta reunión, y Zeus eligió aquí de todos los lugares," dijo Wukong, abanicándose. "Qué desastre."

Virgilio soltó una risita baja. "Convenient."





Ada, sin embargo, no podía apartar los ojos de Shiva. Algo en su presencia la hacía sentir pequeña—y eso no sucedía ni siquiera en presencia de dioses o reyes.

"Él... parece cansado," murmuró, casi inconscientemente.

Y, de hecho, Shiva parecía exhausta. No debilitado—aburrido. Había un cansancio en sus hombros que provenía de siglos, de repetidas destrucciones y renacimientos inútiles.

"No quería estar aquí", dijo finalmente. "Pero Vishnu insistió. Alguien necesita equilibrar las fuerzas —y parece que nadie más en mi panteón quería perder el tiempo, así que lo echaron todo sobre mis hombros"

Wukong dio una sonrisa irónica. "Ah, desigur. Enviaron al destructor como diplomático. Eso funcionará bien."



Shira se apoyó contra una columna y se rió. "Padre, parecen tan civilizados. Estoy seguro de que esto no terminará en un baño de sangre."

Shura hizo girar uno de los tridentes en sus manos, con los ojos brillantes. "Espero que termine pronto, quiero volver a entrenar."

Virgilio los miró a ellos dos y luego a su padre. "Si se parecen a ti, será un problema."

Shiva lo miró inexpresivamente. "No se parecen a mí en absoluto. Es solo que aún no los he borrado."



El silencio que siguió fue intenso. Incluso Hércules, que observaba desde lejos, levantó las cejas.

Wukong silbó. "Sigue siendo el mismo viejo humor paternal."

Susanoo se estiró sobre la viga, apoyando su barbilla en su mano. "Y dicen que los dioses orientales son más pacíficos..."

Shiva suspiró profundamente, frotándose la sien. "Podría estar en Kailasa ahora mismo. Meditando. Pero no. Estoy aquí, rodeado de egos armados y perros babeantes de tres cabezas."

Cerbera gruñó, como si entendiera.

Virgilio sonrió. "Al menos es una buena audiencia."

Los ojos dorados de Shiva brillaban ligeramente —no de ira, sino de reconocimiento. "Eres el hijo de esa... demonio loca."

Vergil parpadeó, confundido por un momento.

"¿Hm? ¿Loco? No lo sé... mi madre siempre fue una mujer muy misteriosa," respondió rascándose la barbilla con una leve sonrisa. "Ahora, si estás hablando de locura, creo que la estás confundiendo con mi esposa."

Shiva levantó una ceja, intrigado. "Oh, sí", continuó Vergil, completamente ajeno a la creciente tensión que lo rodeaba. "Ella ganó el último torneo, así que será mejor que tengas cuidado. Después de todo, no puedo hacer el ridículo delante de ella."





El silencio que siguió fue tan denso que incluso Cerbero pareció dejar de gruñir por un momento.

Todas las miradas se volvieron hacia él —Wukong con una sonrisa forzada, Susano con una mirada de pura curiosidad, Hércules frunciendo el ceño... y Ada, detrás de él, con los brazos cruzados y una expresión que oscilaba entre el cansancio y los celos.

Vergil miró a su alrededor, genuinamente confundido.

"...¿Qué pasa?"

Ada suspiró profundamente y se masajeó la sien.

"Acabas de decir... que Zafiro es tu esposa."

La sonrisa de Virgilio se congeló por un segundo.

Parpadeó, intentando reorganizar mentalmente sus propias palabras, pero el daño ya estaba hecho.

Wukong fue el primero en reírse, cubriéndose la cara con su abanico. "Ah, necesitaba ver esto. El gran Virgilio, tropezando con sus propias esposas."

Un sonido metálico, agudo y repentino —como una campana distorsionada— resonó en el pasillo, interrumpiendo la risa de Wukong y la creciente vergüenza de Vergil.

Inmediatamente después, un torbellino dorado apareció cerca de las puertas y una figura atravesó el aire como un cometa.





"¡AQUÍ ESTÁS!" gritó Hermes, apareciendo en medio de una ráfaga de viento que esparció polvo y chispas contra las paredes.

El dios mensajero aterrizó con gracia (o casi), resbalándose ligeramente antes de enderezarse y ajustar su sombrero alado. Estaba vestido con su típico atuendo blanco y dorado, el caduceo atado a su espalda y una enorme sonrisa pegada en su rostro.

"¡La fiesta está a punto de comenzar, todos!" lo anunció emocionado, aplaudiendo. "El gran banquete de Erebus está a punto de comenzar, ¿y adivinen a quién se le ha encomendado la tarea de buscar al grupo más difícil de todo el Olimpo? ¡Así es, yo!"

Silencio.

Nadie reaccionó.

Ni un solo aplauso. Ni un destello de interés.

Shiva simplemente cruzó los brazos y lo miró con la misma expresión que alguien que observa una roca que ha decidido hablar.

Wukong se abanicó lentamente, como si el mero acto de mirar a Hermes ya agotara sus ganas de vivir.

Susanoo puso los ojos en blanco y se acostó nuevamente en la viga.

Ada parecía que estaba a punto de preguntar si era una broma.





Y Virgilio, con los brazos cruzados, simplemente murmuró:

"¿Es ese el mensajero de los dioses? Esperaba más... alas."

Hermes parpadeó ante él, ofendido. "¡Hola! Son opcionales. El estilo lo es todo, querida mía."

Wukong dejó escapar un suspiro teatral. "El estilo es lo que te falta, payaso."

Hermes lo ignoró. "¡De todos modos!" Levantó el dedo índice animado. "El evento está a punto de comenzar, ¡Zeus quiere que todos estén en el salón principal en cinco minutos! Y me refiero a todos —incluso a ti, Shiva, ¡así que será mejor que no intentes meditar ni destruir a nadie en el camino!"

La mirada dorada de Shiva se volvió lentamente hacia él. El aire en el pasillo parecía cambiar—más pesado, más denso.

Hermes tragó con fuerza y su sonrisa tembló levemente. "Jeje... Sólo estoy bromeando, por supuesto. La destrucción es genial... quiero decir, a veces..."

Shura inclinó su tridente. "Voto para que probemos si es lo suficientemente rápido para esquivarlo."

Shira estuvo de acuerdo con una pequeña sonrisa. "Buena idea, hermano."

"¡Oh, no, no, no!" Hermes comenzó a retroceder ligeramente, con las manos levantadas. "Sin pruebas, sin tridentes, ¡sólo soy el mensajero! Trabajo ingrato, ¿sabes?"

Vergil sonrió. "Eres del tipo que trae malas noticias y huye, ¿verdad?"





"¡Exactamente!" respondió Hermes, sin darse cuenta del sarcasmo.
"Comunicación eficiente, ¿sabes?"

Ada cruzó los brazos. "Entonces ¿por qué sigues aquí?"

La sonrisa de Hermes' flaqueó un poco. Miró a su alrededor—Shiva lo miraba con una calma mortal, Susanoo giraba lentamente su espada en su dedo, Wukong lo miraba con aburrimiento homicida y Cerberus comenzaba a gruñir nuevamente.

"Cierto... Supongo que están... uh... ocupados." Hermes dio un paso atrás.
"Simplemente... dejaré el mensaje y... me iré, ¿de acuerdo?"

"Buena idea", murmuró Susanoo. "Antes de que el perro te confunda con un aperitivo."

Hermes se rió nerviosamente. "¡Ah, gran humor! ¡Eso es lo que me gusta ver! Gente sonriendo, un ambiente ligero..."

Shura levantó su tridente y una chispa de energía atravesó el suelo.

"¡Adiós!" Hermes gritó y desapareció en un destello dorado antes de que el golpe golpeará el lugar donde se encontraba.

El sonido del impacto resonó y quedó un pequeño cráter humeante en el suelo.

Shira se rió entre dientes. "Él todavía es rápido."





Wukong se abanicó, indiferente. "Rápido, pero molesto."

Vergil suspiró y se ajustó el abrigo. "Entonces... parece que la fiesta ha comenzado." Ada lo miró y levantó una ceja. "¿Y podrás comportarte bien?"

Él sonrió irónicamente. "Por supuesto. Siempre me comporto... más o menos."

